

“¡Tome, esta niña ha perdido a su madre entre la muchedumbre; téngala en brazos; la madre no debe estar lejos y la verá; no hay otro remedio”. El señor tomó la niña en brazos; todos los demás dejaron de cantar, la niña chillaba y manoteaba; el señor se quitó la careta y el carro continuó andando despacio. En el entretanto, según nos dijeron después, en la extremidad opuesta de la plaza, una pobre mujer, medio enloquecida, rompía por entre la multitud a codazos y empellones, gritando: “¡María!, ¡María!, ¡He perdido a mi hija! ¡Me la han robado! ¡Han ahogado a mi niña!” Hacía un cuarto de hora que se hallaba en aquel estado de desesperación, yendo unas veces hacia un lado, otras al contrario, oprimida por la gente que a duras penas podía abrirle paso. El señor del carro no cesaba entretanto de tener apretada contra su pecho a la niña, pasando su mirada por toda la plaza y tratando de aquietar a la pobre criatura, que se tapaba la cara con las manos, sin darse cuenta de dónde se hallaba, y sollozando de tal modo que partía el corazón. El señor está conmovido; bien se veía que aquellos gritos le llegaban al alma; los demás ofrecían naranjas y dulces a la niña; pero ésta todo lo rechazaba, cada vez más espantada y convulsa. “¡Buscad a su madre! —gritaba el señor a la multitud—. ¡Buscad a su madre!” Y todo el mundo se volvía a derecha e izquierda, pero la madre no parecía. Finalmente, a pocos pasos de la desembocadura de la calle de Roma vimos a una mujer que se lanzaba hacia el carro... ¡Ah! jamás la olvidaré. No parecía criatura humana: tenía el cabello suelto, la cara desfigurada, los vestidos rotos, se lanzó hacia adelante, donde un gemido que no fue posible comprender si era de gozo, de angustia o de rabia, y alzando sus manos como si fueran dos garras, cogió a la niña. El carro se detuvo. “Aquí la tienes”, dijo el señor presentándole la niña después de darle un beso, y colocándola entre los brazos de su madre, que la apretó entre su seno con furia... Pero una de sus manecitas quedó por algunos segundos entre las manos del caballero, el cual arracándose de la mano derecha un anillo de oro con un grueso diamante y metiéndolo con presteza en uno de la pequeñita. “Tomà —le dijo—: será tu dote de esposa”. La madre se quedó estática, como encantada: la multitud prorrumpió en aplausos; el señor se puso otra vez la careta; sus compañeros emprendieron de nuevo el canto, y el carro marchó lentamente en medio de una tempestad de palmas y de vivas.

LOS MUCHACHOS CIEGOS

Jueves 23.—El maestro está muy enfermo, y enviaron en su lugar al de la sección cuarta, que ha sido maestro en el Instituto de los Ciegos; el más viejo de todos, tan canoso que parece que en la cabeza lleva peluca de algodón, y que habla como si entonase una canción melancólica, pero bien, y sabe mucho. Apenas entró en la escuela, viendo a un niño con un ojo vendado, se acercó al banco para preguntarle qué tenía. “Cuidate los ojos muchacho” le dijo. Y entonces Deroso le preguntó: “¿Es verdad, señor maestro que ha sido usted profesor de los ciegos?” “Sí, durante varios años”, respondió. Y Deroso le dijo a media voz: “Dígame usted algo sobre ellos”. El maestro se fue a sentar al lado de la mesa. Coreta dijo en alta voz: “El Instituto de los Ciegos está en la calle de Niza”. Vosotros decís ciegos, ciegos —comenzó el maestro—, así como diríais enfermos, pobres, o qué sé yo. ¿Pero entendéis bien lo que esta palabra quiere decir? Pensad por un momento. ¡Ciegos! ¡No ver absolutamente nada nunca! ¡No distinguir el día de la noche; no ver ni el cielo ni el sol, ni a sus propios padres, nada de lo que se tiene alrededor o se toca; estar sumergidos en perpetua obscuridad y como sepultados en las entrañas de la tierra. Probad un momento a cerrar los ojos y pensad si debíais permanecer para siempre así: inmediatamente os sobrecoge la angustia, el terror; os parece que sería imposible resistirlo, que os pondríais a gritar, que os volveríais locos o moriríais. Y sin embargo... pobres niños, cuando se entra por primera vez en el Instituto de Ciegos, durante el juego, al oír tocar violines y flautas por todas partes, hablar fuerte y reír, subiendo y bajando las escaleras con paso veloz, y moverse libremente por los corredores y dormitorios, nadie diría que son tan desventurados. Es preciso observarlos bien. Hay jóvenes de dieciséis y dieciocho años, robustos y alegres, que sobrellevan la ceguera con cierta calma, y hasta con presencia de ánimo; pero bien se trasluce, por la expresión desdeñosa y fiera de sus semblantes que deben haber sufrido tremendamente antes de resignarse a aquella desventura; otros, con fisonomía pálida y dulce, en la cual se nota una grande pero triste resignación, y se comprende que alguna vez, en secreto, deben llorar todavía. ¡Ah hijos míos! Pensad que algunos de esos han perdido la vista en pocos días, que otros la han perdido después de sufrir como mártires años enteros, de haberles hecho operaciones quirúrgicas terribles, y que muchos han nacido así, en una noche que no ha tenido amanecer para ellos, que han entrado en el mundo como una inmensa tumba, y que no



saben cómo está formado el semblante humano. Imagináos cuánto habrán sufrido y cuánto deben sufrir cuando piensen así, confusamente, en la diferencia tremenda que hay entre ellos y los que ven, y se preguntan a sí mismos: "¿Por qué esta diferencia, si no tenemos culpa alguna?" Yo, que he estado varios años entre ellos, cuando recuerdo aquella clase, todo aquellos ojos sellados para siempre, todas aquellas pupilas sin mirada y sin vida, y luego os miro a vosotros... me parece imposible que no seáis todos felices. ¡Pensad que hay cerca de veintiséis mil ciegos en Italia! Veintiséis mil personas que no ven la luz... ¿Comprendéis? ¡Un ejército que tardaría cuatro horas en desfilar bajo nuestras ventanas!" El maestro calló; no se oía respirar en la clase.

Deroso preguntó si era verdad que los ciegos tienen el tacto más fino que nosotros. El maestro dijo: "Es verdad. Todos los demás sentidos se afinan en ellos, precisamente porque debiendo suplir entre todos el de la vista, están más y mejor ejercitados de los que lo están en nosotros. Por la mañana, en los dormitorios, el uno pregunta al otro: ¿Hace sol?" Y el que es más listo para vestirse escapa corriendo al patio para agitar las manos en el aire y sentir el calor del sol, si lo hay, volviendo a dar la buena noticia: "¡Hace sol!" Por la voz de una persona se forman idea de la estatura; nosotros juzgamos el alma de las personas por los ojos, ellos por la voz; recuerdan las entonaciones y los acentos a través de los

años. Perciben si en una habitación hay varias personas, aunque sea una sola la que habla y las otras permanezcan inmóviles. Al tacto se dan cuenta de si una cuchara está poco limpia o mucho. Las niñas distinguen la lana teñida de la que tiene su color natural. Al pasar de dos en dos por las calles, reconocen casi todas las tiendas por el olor, aun aquellas en las cuales nosotros no percibimos olor alguno. Juegan al peón y al oír el zumbido que produce al girar, se van derecho a recogerlo, sin equivocarse. Juegan a los aros, tiran a los bolos, saltan a la comba, fabrican casitas con pedruzcos, cogen las violetas como si realmente las vieses, hacen esteras y castillos, tejiendo paja de varios colores con presteza y bien; ¡hasta tal punto tienen ejercitado el tacto! El tacto es para ellos la vista; uno de sus mayores placeres es el de tocar y oprimir hasta adivinar la forma de las cosas, palpándolas. Es conmovedor ver, cuando van al Museo Industrial, donde les dejan tentar lo que quieren, con cuánto gusto se apoderan de los cuerpos geométricos y ponen sus manos sobre los modelitos de casas, sobre los instrumentos; con qué alegría palpan y revuelven entre la manos todas las cosas para *ver* cómo están hechas. ¡Ellos dicen *ver!*" Garofi interrumpió al maestro para preguntarle si era cierto que los chicos ciegos aprenden a hacer cuentas mejor que los otros. El maestro respondió: "Es verdad. Aprenden a hacer cuentas y leer. Tienen libros a propósito con caracteres en relieve; pasan por encima los dedos, reconocen las letras y dicen las palabras; léen de corrido. Y es preciso ver, ¡pobrecillos!, cómo se ponen colorados cuando se equivocan. También escriben sin tinta. Escriben sobre un papel grueso, y duro con un punzoncito de metal, que hace puntitos hundidos y agrupados según un alfabeto especial; los cuales puntitos aparecen de relieve por el reverso del papel, de modo que, volviendo la hoja y pasando los dedos sobre aquellos relieves, pueden leer lo que han escrito la escritura de los demás; no de otra manera hacen composiciones y se escriben cartas entre ellos. La escritura de los números y de los cálculos la hacen del mismo modo. Calculan mentalmente con increíble facilidad, porque no les distrae a la vista de las cosas exteriores como a nosotros. ¡Si viérais qué apasionados son por oír, leer en alta voz, qué atención prestan, cómo lo recuerdan todo, cómo están quietos, sentados cuatro o cinco en un banco, sin volverse el uno hacia el otro, y conversando el primero con el tercero, el segundo con el cuarto en alta voz, y todos juntos, sin perder una sola palabra por la rapidez y agudeza que tiene su oído! Dan más importancia que vosotros a los exámenes, toman más afecto a sus maestros. Reconocen a su maestro en el andar y por el olfato; per-

ciben si está de buen humor o de malo, si está bueno o no; y todo esto nada más que por el sonido de una palabra; quieren que el maestro les toque cuando les anima y les alaba, y le palpan las manos y los brazos para expresarle su gratitud. También se profesan unos a otros mucho cariño y son buenos compañeros. En las horas de recreo siempre están juntos los mismos. En la sección de música, por ejemplo, se forman tantos grupos cuantos son los instrumentos que saben tocar; así, hay grupos de violinistas, pianistas, flautistas, sin separarse jamás. Puesto su cariño en una persona es difícil que se desprendan de él. Su gran consuelo es la amistad. Se juzgan unos a otros con rectitud. Tienen concepto claro y profundo del bien y el mal. No hay nadie que se exalte tanto como ellos en presencia de una acción generosa de un hecho grande". Votino preguntó si tocaban bien. "Sienten ardiente amor por la música —respondió el maestro—. Su alegría y su vida están en la música. Hay niños ciegos que, apenas entran en el colegio, son capaces de estar tres horas inmóviles, a pie quieto, oyendo tocar. Aprenden pronto a tocar con pasión. Cuando el maestro dice a uno que no tiene disposición para la música sufre un gran tormento pero se pone a estudiar como un desesperado. ¡Ah! Si oyeras la música allí dentro, si les vierais cuando tocan, con la frente alta, con la sonrisa en los labios, el semblante encendido trémulos de emoción, extasiados, oyendo aquellas armonías que resplandecen en la obscuridad infinita que los rodea, ¿comprenderías perfectamente que para ellos es consuelo divino la música! El júbilo y la felicidad rebosan cuando les dice el maestro: "Tú llegarás a ser un artista". El que sobresale en la música y llega a tocar bien el piano o el violín, es como un rey, le aman, le veneran. Si se origina una disputa, los contendientes van a sometérsela y si dos amigos regañan, él también es quien los reconcilia. Los más pequeñitos, a quienes él enseña a tocar, lo consideran como a un padre. Antes de ir a acostarse, todos van a darle las buenas noches. Hablan sin cesar de música; a lo mejor, estando ya acostados, casi todos cansados del estudio y del trabajo y medio dormidos, todavía se les oye charlar en voz baja de óperas, de maestros, de instrumentos, de orquestas. Y es tan grande castigo el privarles de la lectura o de la lección de música, sienten tanta pena, que casi nunca se tiene valor para castigarlos de este modo. Lo que la luz es para nuestros ojos, es la música para el corazón de ellos". Deroso preguntó si no se podía ir a verlos. "Se puede —respondió el maestro—; pero vosotros siendo niños, no debéis ir por ahora. Iréis más tarde, cuando estéis en situación de comprender toda la grandeza de su desventura

de sentir toda la piedad a que es acreedora. Es un espectáculo triste, hijos míos. Os encontraréis a veces con unos cuantos muchachos sentados frente a una ventana, abierta de par en par, gozando del ambiente fresco, con la cara inmóvil, que parece miran la inmensa llanura verde y las hermosas montañas azules que vosotros veis. . . Y el pensar que no ven nada, que jamás podrán ver nada de toda aquella magnífica belleza os oprime el alma como si ellos se hubieran vuelto ciegos en aquel momento. Y todavía los ciegos de nacimiento, que, no habiendo visto el mundo, no echan de menos nada, porque ignoran las imágenes de las cosas, dan menos compasión. Pero hay niños que hace pocos meses se han quedado ciegos que todo lo tienen presente todavía y que comprenden bien lo que han perdido, los cuales sienten, además, el dolor de ver cómo cada día que pasa se van obscureciendo las imágenes más queridas como si en su memoria se fuera muriendo el recuerdo de las personas amadas. Uno de estos infelices me decía cierto día con inexplicable tristeza: "¡Quisiera llegar a tener vista una vez nada más, un momento, para ver la cara de mi madre, que no la recuerdo ya!" Y cuando las madres van a buscarlos, les ponen las manos sobre la cara, las tocan bien desde la frente hasta la barba y las orejas, para poder sentir como son, y casi no llegan a persuadirse de que no las ven, y las llaman por sus nombres muchas veces como para suplicarles que se dejen ver una sola vez siquiera. ¡Cuántos salen de allí llorando, aun los hombres de corazón duro! Y cuando se sale, nos parece que somos una excepción, que gozamos de un privilegio inmerecido al ver la gente, las casas, el cielo. ¡Oh! No hay ninguno de vosotros, estoy seguro de ello, que al salir de allí no estuviera dispuesto a privarse de algo de su propia vista para dar, siquiera fuese un ligero resplandor a aquellos pobres niños, para quienes el Sol no tiene luz, y las madres no tienen rostro!"



EL MAESTRO ENFERMO

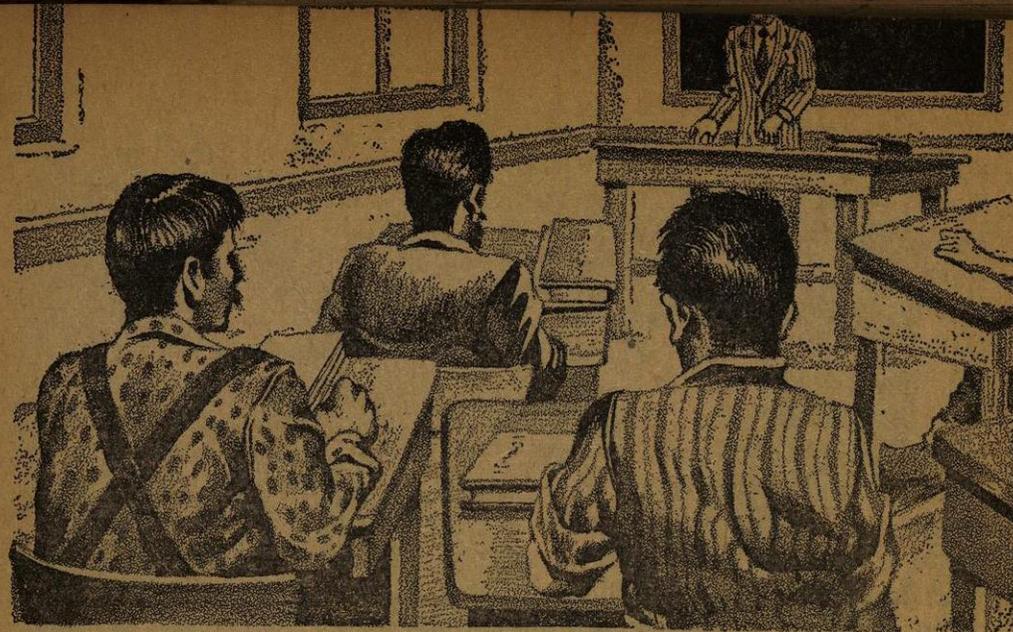
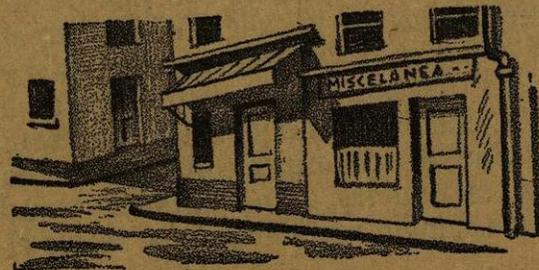
Sábado 25.—Ayer tarde, al salir de la escuela, fui a visitar al profesor, que está malo. El trabajo excesivo le ha puesto enfermo. Cinco horas de lección al día, luego una hora de gimnasia, luego otras dos horas de escuela de adultos por la noche, lo cual significa que duerme muy poco, que come a escape y que no puede ni respirar siquiera tranquilamente de la mañana a la noche; no tiene remedio: ha arruinado su salud. Esto dice mi madre. Ella me esperó abajo, en la puerta de la calle; subí solo, y en la escalera me encontré al maestro de las barbas negras, Coato, aquel que mete miedo a todos y no castiga a nadie; él me miró con los ojos fijos, bramó como un león (por broma) y pasó muy serio. Aún me reía yo cuando llegaba al piso cuarto y tiraba de la campanilla; pobre, medio a oscuras, donde se hallaba acurrucado mi maestro. Estaba en una cama pequeña de hierro: tenía la barba crecida. Se puso la mano en la frente como pantalla para ver mejor, y exclamó con voz afectuosa. “¡Oh, Enrique!” Me acerqué al lecho, me puso una mano sobre el hombro y me dijo: “Muy bien, hijo mío, Has hecho bien en venir a ver a tu pobre maestro. Estoy en mal estado, como ves, querido Enrique. Y ¿cómo anda la escuela? ¿Qué tal los compañeros? ¿Todo va bien, eh, aun sin mí? ¿Os encon-

tráis bien sin mí, no es verdad? ¡Sin vuestro viejo maestro!” Y quería decir que no; él me interrumpió: “Ea vamos, ya lo sé que no me queréis mal”. Y dio un suspiro. Yo miraba unas fotografías clavadas en las paredes. “¿Ves? —me dijo—. Todos estos muchachos me han dado retratos desde hace más de veinte años. Guapos chicos. He ahí mis recuerdos. Cuando me muera, la última mirada la echaré allí a todos aquellos pilluelos, entre los cuales he pasado la vida. ¿Me darás tu retrato también, no es verdad, cuando hayas concluido el grado elemental?” Luego cogió una naranja que tenía sobre la mesa de noche y me la alargó diciendo: “No tengo otra cosa que darte: es un regalo de enfermo”. Yo le miraba, y tenía el corazón triste, no sé por qué. “Ten cuidado ¿eh? —volvió a decirme—; yo espero que saldré bien de ésta; pero si no me curase... cuida de ponerte fuerte en Aritmética, que es tu lado flaco; haz un esfuerzo; no se trata más que de un primer esfuerzo, porque a veces no es falta de aptitud, es una preocupación o, como si se dijese, una manía”. Pero entretanto respiraba fuerte, se veía que sufría. “Tengo una fiebre muy alta...” Y suspiró. “Estoy medio muerto. Te recomiendo, pues; ¡firme en la Aritmética, en los problemas! ¡Que no sale bien la primera; se descansa un momento y se vuelve a intentar! ¡Que todavía no sale bien; otro poco de descanso y vuelta a empezar! Y adelante, pero con tranquilidad, sin afanarse, sin perder la cabeza. Vete. Saluda a tu madre. Y no vuelvas a subir las escaleras; nos volveremos a ver en la escuela. Y si no nos volvemos a ver, acuérdate alguna vez de tu maestro del tercer año, que siempre te ha querido bien”. Al oír aquellas palabras sentí deseos de llorar. “Inclina la cabeza!”, me dijo. La incliné sobre la almohada y me besó sobre los cabellos. Luego añadió “Vete”; y volvió la cara de lado de la pared. Yo bajé volando las escaleras porque tenía necesidad de abrazar a mi madre.

LA CALLE

Sábado 25.—“Te observaba desde la ventana esta tarde al volver de casa del maestro; tropezaste con una pobre mujer. Cuida mejor de ver cómo andas por la calle. También en ella hay deberes que cumplir. Si tienes cuidado de medir tus pasos y tus gestos en una casa, ¿por qué nos has de hacer lo mismo en la calle, que es la casa de todos? Acuérdate, Enrique: siempre que encuentres a un anciano, a un pobre, a una mujer con niño en brazos, a un impedido que anda con muletas, a un hombre encorvado bajo el peso de su carga, a una familia vestida de luto, cédele el paso con res-

peto; debemos respetar la vejez, la miseria, el amor maternal, la enfermedad, la fatiga, la muerte. Siempre que veas una persona a la cual se le viene encima un carruaje, quítale del peligro, si es un niño; adviértele, si es un hombre; pregunta siempre qué tiene al niño que veas solo llorando. Recoge el bastón al anciano que lo haya dejado caer. Si dos niños riñen, sepáralos; si son dos hombres, aléjate por no asistir al espectáculo de la violencia brutal que ofende y endurece el corazón. Y cuando pase un hombre maniatado entre dos guardias, no añadas a la curiosidad cruel de la multitud, la tuya; puede ser inocente. Cesa de hablar con tu compañero y de sonreír cuando encuentres una camilla del hospital, que quizá lleva un moribundo, o un cortejo mortuorio, porque ¡quién sabe si mañana pueda salir uno de tu casa! Mira con reverencia a todos los muchachos de los establecimientos benéficos que pasan de dos en dos: los ciegos, los mudos, los raquíuticos, los huérfanos los niños abandonados; piensa que son la desventura y la caridad humana las que pasan. Finge siempre no ver a quien tenga una deformidad repugnante, ridículo. Apaga siempre las cerillas que encuentres encendidas al pasar: el no hacerlo podría costar caro a alguno. Responde siempre con finura al que te pregunte por una calle. No mires a nadie riendo; no corras sin necesidad, y no grites. Respeta la calle. La educación de un pueblo se juzga, ante todo, por el comedimiento que observa en la vía pública. Donde notes falta de educación fuera, la encontrarás también dentro de las casas. Estudia las calles, estudia la ciudad donde vives, que si mañana fueras lanzado lejos de ella, te alegrarías de tenerla bien presente en la memoria y de poder recorrer con el pensamiento tu ciudad, tu pequeña patria, que ha constituido por tantos años tu mundo, donde has dado tus primeros pasos al lado de tu madre, donde has sentido las primeras emociones, abierta tu mente a las primeras ideas y encontrados los primeros amigos. Ella ha sido una madre para ti, te ha instruído, deleitado y protegido. Estúdiala en sus calles y en su gente; ámala, y cuando oigas que la injurian defiéndela.—*Tu padre*".



M A R Z O

LAS ESCUELAS DE ADULTOS

Jueves 2.—Ayer me llevó a mi padre a ver las clases de adultos de la escuela Bareti, que es la nuestra: ya estaban todas iluminadas, y los artesanos comenzaron a entrar. Al llegar, nos encontramos al director y a los maestros encolerizados, porque hacía poco habían roto a pedradas los cristales de una ventana; el bedel, echándose a la calle, había atrapado a un muchacho que pasaba; pero en el mismo momento se presentó Estando que vive enfrente a la escuela, diciendo: "Este no ha sido; yo mismo lo he visto con mis propios ojos; Franti ha sido el que ha tirado y me ha dicho: "¡Ay de ti si hablas; pero yo no tengo miedo". El director añadió que Franti sería expulsado para siempre. Entretanto observaba a los operarios que llegaban juntos, de dos en dos o de tres en tres, y ya habían entrado más de doscientos. ¡Nunca había yo visto lo hermosa que es una escuela de adultos! Allí estaban mezclados muchachos desde doce años y hombres con barba que volvían del trabajo, con su libros y sus cuadernos. Había carpinteros, fumistas, fogoneros con la cara negra, albañiles con las manos blancas de cal, mozos de panadería con el pelo enharinado; se percibía olor de barniz, de cuero, de pez, de aceite, olores de todos los oficios. También entró una escuadra de obreros de la Maestranza de Artillería, de uniforme, con un cabo. Todos se metían presurosos en los ban-